decir, las costumbres y la primera legislacion de la colonia, el de los dos Galvez y el Conde de Revilla-Gigedo que gobernaron se puede decir con principios republicanos.

La autoridad, si se quiere, monárquica de los vireyes, estaba equilibrada con la autoridad del Ayuntamiento; y el Ayuntamiento siguiendo la analogía de las antiguas *comunidades* españolas destruidas por Cárlos V, representaba real y positivamente el principio popular.

El que sepa un poco la historia podrá calcular lo que en su tiempo valian Hernan Cortés y Nuño de Guzman. Pues bien, el Ayuntamiento los privó del uso del agua, los multó y los reprendió porque faltaban en los molinos que poseian cerca de la ciudad, á las reglas que habia impuesto la municipalidad. Las actas de cabildo y los papeles antiguos están llenos de casos en que el Ayuntamiento defendió al pueblo contra las usurpaciones y arbitrariedades de los vireyes, de los frailes y de los clérigos. Es decir, el principio republicano estuvo potente y dominante desde los tiempos en que la tiranía por las costumbres de la época deberia haber sido mas terrible y mas oscura. El hombre vulgar deduce de la dominacion española la existencia actual del principio monárquico; pero el que estudia y reflexiona un poco en la historia, precisamente saca pruebas para demostrar lo contrario.

La monarquía requiere la tradicion. La tradicion engendra la nobleza, la nobleza el círculo aristocrático que sirve de apoyo al trono.

¿Dónde están nuestras tradiciones? Los Douglas, los Montmorency, los Condes de Luna, los mil caballeros que combatieron á las órdenes de Cárlos el Grande, de San Luis, de Ricardo Corazon de Leon, dónde están? A dónde se encuentran entre nosotros, el Gran Capitan, Bayardo, el Príncipe Negro y Duguesclin?

La nobleza vireinal se componia en su mayor parte de los descendientes de los conquistadores, y las hazañas de estos mismos conquistadores en el fondo no habian sido de gran brillo. Habian peleado contra tribus divididas por las discordias

civiles, sin conocimiento del arte militar y sin armas de fuego. Sobre todo, la gloria y las hazañas de Cortés ofuscaron en Anáhuac la gloria y las hazañas de todos sus contemporáneos.

Pues bien, esta nobleza de ayer, mucha de la cual adquirió por dinero sus títulos, fué perdiendo gradualmente su prestigio y hasta su riqueza, y se ha confundido realmente entre la multitud, en el mar siempre agitado de nuestras conmociones intestinas. El marqués de Salinas, el marqués de Salvatierra, el conde de Casa de Heras Soto, el marqués de San Juan de Rayas, el conde de Tula y de Regla, firmaron la acta de independencia, y hoy el descendiente de los condes de Regla y de los marqueses de San Cristóbal, es gobernador de México, el vástago de los condes de Santiago ocupa una silla municipal, los hijos del marqués de Guadalupe (ya lo hemos dicho) son capitanes y tenientes de la guardia nacional; el pariente cercano del conde de Reus y de las casas aristocráticas de los Echeverrías, es presidente del congreso. El general Mendoza es descendiente de los condes de Tendilla, Rascon, Escandon Iturbe y otras personas notables por su riqueza, por su posicion social, ¿no han sido señalados como amigos y sostenedores del gobierno constitucional? Si se trata de las notabilidades que por su talento ó por sus servicios merecen alguna consideracion, multitud podriamos citar ocupando los puestos del Estado y decididos, sobre todo, por la independencia de su país. ¿Dónde, pues, está la corte que deberá rodear al monarca, dónde la opinion, sino en unos cuantos ancianos visionarios cuyo reloj se paró desde el tiempo de la dominacion española? Con qué derecho Almonte é Hidalgo ofrecen en venta á la nacion como si fuese una mercancía de su propiedad? Con qué títulos y con qué poderes nos pregonan como en una almoneda pública, para que nos adquiera cualquiera de los señores de la Europa? Y porque tal han hecho y porque unos cuantos publican escritos anónimos llenos de calumnias y falsedades, se puede decir que esa es la voluntad nacional?

Las costumbres, el carácter mismo de los habitantes se opone al sistema monárquico. Aquí se disfruta de una verdadera

igualdad. El que hoy es general, mañana deja las armas y se reduce á la vida privada: los ministros entran y salen á los puestos, y vuelven á su casa sin mas distinciones que las que han sabido merecer por su carácter y virtudes privadas: la carrera de todos los hombres públicos y la fortuna de todos los ricos es conocida y su tradicion pública: el que tiene un caudal de millones no se desdeña de sentar á su mesa al periodista ó abogado que comienza su carrera: el que hemos conocido de capitan, de comerciante, de simple particular, se eleva repentinamente por la fortuna, por el valor ó por otras causas al rango de general ó á la magistratura, y cuando acaba su encargo vuelve á las filas del pueblo de donde salió.

¿Quiénes habian de ser los Condes, los Duques y los Marqueses? Yo no los encuentro en el partido liberal ni tampoco en el contrario, porque en cuanto á tradicion, á costumbres y á carrera, todos los mexicanos guardan una misma escala y condicion.

Era menester para fundar una monarquía en México traer el monarca, la nobleza, las leyes, el ceremonial, hasta los trages, como si fuese un gran teatro desierto donde eran necesarios, no solo los actores sino tambien las decoraciones. La idea, pues, de la monarquía, lejos de ser una idea realizable y de pacificacion y de órden, es una idea absurda, ridícula, de guerra y de discordias infinitas. Un monarca mexicano seria ridículo, y un monarca estranjero seria por forzosa necesidad tirano, pues su gobierno tendria que sostenerse en 200 mil hombres, y aunque del dia á la noche se recargaran de contribuciones á los habitantes, no bastarian para mantener la fuerza armada. ¿Qué felicidad podria esperar este monarca, ni qué ventura podria proporcionar á esta tierra, un gobierno que estaria únicamente apoyado en las bayonetas estranjeras, y mal ayudado por unos cuantos hombres que tienen hasta el indisputable mérito de no haber podido, ni siquiera por medio año, formar la administracion y el gobierno de su propio país?

Suponer al país sin gobierno como lo supone la política del Emperador, es una de las mas estrañas utopias, es desconocer

el principio eterno de la organizacion de los hombres. Las tribus de las fronteras que el Sr. Forey considerará tal vez en menos escala de civilizacion que los tigres de las selvas, tienen, sin embargo, un jefe, una legislacion *non escripta*, que forma la base de las costumbres. Desconocer, pues, al actual presidente, es desconocer la organizacion civil de donde dimana, y desconocer la organizacion civil, equivale á la pretension de que México disuelva la organizacion social y torne al estado natural, hasta que las fuerzas francesas vayan ocupando las ciudades, y el pueblo mexicano espresando su voluntad y nombrando las autoridades que deben gobernarlo. De verdad nada puede registrarse en la historia que sea tan estraño, tan confuso, tan irregular, tan imposible como esto.

Si se establece una monarquía, ya hemos apuntado los inconvenientes que esto tiene, y si se consulta la voluntad nacional, ésta de ninguna manera puede ser libremente espresada bajo el influjo de las bayonetas y de la ocupacion estraña. El Sr. General Forey no pretenderá fundar la opinion nacional de la República de México, ni en el voto del Sr. Almonte ni en el hecho de que unos cuantos mexicanos, sin representacion, sin carrera política ni literaria, acepten por temor ó por compromiso, los puestos de alcaldes de una ciudad pequeña.

¿Si esa opinion por la monarquía y por la intervencion existe en México, por qué no se manifiesta? La vasta estension del territorio está desguarnecida. Las fuerzas todas de guardia nacional se han concentrado en el Oriente, y en centenares de leguas no se encuentra un soldado que pueda impedir á los pueblos la manifestacion de su voluntad, ni ejerza esos actos de tiranía y de despotismo, que segun la prensa ministerial de Francia, caracterizan al gobierno de Juarez.

Un año hace que las fuerzas francesas se hallan en el territorio mexicano, y que Almonte se proclamó á sí mismo Gefe Supremo. ¿Quién lo ha seguido? ¿Quién ha secundado su política? ¿Dónde se encuentran sus partidarios? Si se esceptúan unas cuantas gavillas de gente montaraz y alzada en algunos puntos de la sierra y que ya existian antes de la venida de la

espedicion, ¿á dónde aparece el mas leve signo que dé á entender que la República quiere la monarquía ó la intervencion de fuerzas estrañas para sostener su gobierno y su administracion?

La verdad es que estas cuestiones con la Europa han creado un partido nacional. Este partido en el cual se hallan los que se han llamado puros, los que se han apellidado moderados y aun muchos de los conservadores, ha palpado la injusticia de la invasion, y se ha colocado como es natural, con sinceridad, al lado del gobierno, al derredor de la persona del Sr. Juarez, que representa la independencia, el libre albedrío, la voluntad soberana de la República: así, contrariar este partido nacional y pretender crear otro, no seria mas que volver á comenzar la guerra civil y no llegar, no digo al fin, pero ni al principio de la política humanitaria y conciliadora que los diarios todavía en estos últimos dias atribuyen al Emperador.

De los dos gobiernos que de hecho existieron en la República, durante los tres últimos años, el uno era militar, el otro constitucional.

La constitucion de 1857 ó cualquiera otra constitucion, por mala y defectuosa que se suponga, forman la base de un sistema: la dictadura militar es la negacion, la ausencia de todo sistema: en las malas constituciones hay la esperanza de la reforma, en la tiranía militar no se ve mas que el fondo sombrío del abismo revolucionario.

Algunas palabras mas respecto á la Constitucion de 1587. Si el Sr. General Forey conoce la Constitucion de la República francesa de 1848 no necesita ya estudiar la constitucion mexicana. Sus defectos, pues, consisten en la mucha amplitud de facultades que concede á las localidades, y en las muchas garantías que otorga á los ciudadanos. En tiempo de revueltas ó de invasion estranjera, ni ésta, ni ninguna constitucion pueden observarse; pero quién puede negar que sea una regla de conducta para el momento en que se restablece la paz; y en México ha operado otro fenómeno muy digno de llamar la atencion, y es, el de que á pesar de todas las tormentas revolucionarias ha sostenido la autoridad del gobierno, ha hecho triun-

far el principio moral de la ley sobre el principio destructor de la fuerza, ha contenido las aspiraciones y la anarquía y ha establecido un precedente que debian acoger con júbilo las naciones de Europa y como un elemento de regeneracion política de esta parte de la América, á saber, que la ley es superior á la fuerza, que los motines ya sean de los pueblos, ya de la tropa, no son de ningun peso cuando se les opone la resistencia pasiva pero eficaz de la ley. Dirán tal vez al Sr. General Forey que Ortega va á rebelarse, que Comonfort y Doblado tienen un plan para derrocar al gobierno, que los gobernadores se separan. Nada de esto es posible. Ortega, Comonfort, y Doblado, y Uraga, y los gobernadores, y todo el partido liberal podrán tener sus quejas y sentimientos privados, pero todos caminarán á un fin, todos ayudarán con los elementos que tengan al triunfo de la independencia, y vencidas que sean Puebla y México si la desgracia lo quiere así, quedará un territorio inmenso que conquistar, y allí de nuevo, los que quedaren con vida continuarán la lucha, y si no son los mismos que hoy están al frente del ejército, serán otros que con mayor ó menor fortuna continuarán defendiendo á su país.

En este país suceden cosas raras y singulares. El gobierno español jamas habria pensado que un viejo pastor de la Iglesia comenzara la independencia y que uno de sus oficiales mas queridos la terminara. Cuando comenzó en México la revolucion que se ha llamado de la Reforma, Ortega permanecia quieto y retirado en su provincia, y en Diciembre de 1860 él fué el que ganó la batalla de Calpulalpan. El partido reaccionario no sabia que tal Ortega existia en el mundo. Hace muy pocos años que Zaragoza era un jóven dedicado al comercio, y que no conocia ni á la ciudad de México, en Mayo estuvo animado de la fé con que Jesucristo queria que S. Pedro anduviera sobre las ondas del mar, y tuvo la gloria de detener con unos cuantos guardias nacionales á las tropas mas bravas y mas aguerridas del mundo. Así son las cosas de la vida, y puede que me equivoque, pero creo que como ha sobrevivido trescientos años la raza indígena, independiente, orgullosa y ape-

gada á sus costumbres, así sobrevivirá la independencia de la República por muchas que sean las fuerzas que envíe á estas playas el Emperador.

Si como yo creo ha sido engañado, si tiene en efecto miras grandes y elevadas, los medios hasta ahora empleados son los menos á propósito.

La forma política de la América tiene que cambiar forzosamente. La guerra de los Estados-Unidos y la presencia de 40 mil hombres de tropas que desde los tiempos de Julio César han sido invencibles, tiene que modificar necesariamente las formas políticas de lo que geográficamente debe llamarse la América del Norte.

Hay grandes cosas que hacer dignas de que las emprenda el monarca mas grande de la tierra y que de seguro las hubieran emprendido los Romanos. El camino de fierro de Veracruz al Pacífico, la comunicacion por el Istmo de Tehuantepec, la colonizacion de inmensos terrenos cuya plata y cuyo oro llenarian los palacios de todos los reyes de la Europa; pero ¿todo esto debe hacerse con la sangre de estos pueblos? ¿para llegar á estas grandes ideas y para preparar un porvenir mágico á estas Américas es necesaria la invasion y la conquista? ¿Cree así conquistar, lo primero que debe conquistar un soberano que son las simpatías de los pueblos americanos? ¿En cuántos años, con qué número de hombres y con cuantos millones podrá establecer la paz en un territorio que cuenta de la capital á sus fronteras seiscientas ó setecientas leguas de caminos á veces desiertos y despoblados? Cuando la llama de la independencia se crea sofocada en el interior ¿no revivirá tal vez en las montañas inaccesibles y en los desiertos primitivos?

¿Y allí han de ir á buscar eternamente las balas y las bayonetas del Emperador á los que no tengamos mas delito que amar á nuestra patria y cumplir con los deberes que la Providencia misma impone á los hombres? ¿Podrá agotar por esta causa un soberano ilustrado los tesoros y la sangre de ese pueblo francés que hace tantos años ha sido por la literatura y por las ciencias nuestro amigo y nuestro aliado? ¿Por qué si el

Emperador cree á los que van á engañarlo y adularlo no creerá á los que cumplen bien y lealmente con su deber?

Yo espero, Sr. General, que Vd. acogerá con benevolencia estas observaciones hechas con la mejor buena fé y sin interes bastardo, y con el objeto de contestar los folletos anónimos que han circulado expresamente en estos últimos dias.

Reducido á la simple condicion de un particular, no tengo cargo alguno público, y así mis conceptos no pueden importar otra cosa mas que la manifestacion sincera de los sentimientos de un mexicano que siempre ha tenido simpatías por el pueblo francés y admiracion por sus glorias.

Turena era tan bueno, dice Víctor Hugo, *que permitió que se conquistase á fuego y sangre el Palatinado.* No quiera Dios que á pesar de las buenas intenciones del Emperador, vaya á hacer en este país lo que Turena.

La razon, la justicia, el derecho, es lo que pide este pueblo que debe ser mas y mas digno de consideracion cuanto mayores y mas costosos y heróicos sean los sacrificios que haga por la conservacion de su independencia y de la libertad.

En lo particular, tengo el honor de ofrecerme como su mas atento y seguro servidor que B. S. M.

Manuel Payno.

México, Noviembre 15 de 1862.